



# La Democracia ante la desigualdad de poder digital y tecnológico

Oscar Iglesias  
Profesor de Sociología  
UNED

Vivimos en un mundo cada vez más complejo, volátil y polarizado, donde sabemos muy poco de lo que verdaderamente está sucediendo y de quiénes lo están manejando y dirigiendo. Cuánto más potente y omnipresente es el poder, con más sigilo maniobra. Un grupo reducido de compañías tecnológicas y algunos Estados tienen en sus manos los algoritmos, los datos y las herramientas para condicionar y dirigir facetas cada vez más importantes de la vida diaria de todas las personas. Es decir, cada vez más tienen el control, bajo la imposición de un falso determinismo tecnológico (“es inevitable hacerlo así”) que pretende hacernos olvidar que la tecnología es un medio y no un fin en sí mismo.

**El incremento** exponencial de las desigualdades de poder que se está produciendo en internet, en las redes sociales y en el desarrollo de la biotecnología está poniendo en peligro no solo la democracia como sistema político, sino también el contrato social sobre el que se sustenta el marco de convivencia de cualquier sociedad democrática. Vivimos en un mundo cada vez más complejo, volátil y polarizado, donde sabemos muy poco de lo que verdaderamente está sucediendo y de quienes lo están manejando y dirigiendo. Se confirma que cuanto más potente y omnipresente es el poder, con más sigilo maniobra. Aunque empezamos a descubrir que un grupo reducido de compañías tecnológicas y algunos Estados tienen en sus manos los algoritmos, los datos y las herramientas para condicionar y dirigir facetas muy importantes de nuestra vida diaria. Es decir, tienen el control, bajo la imposición de un falso determinismo

tecnológico (“es inevitable hacerlo así”) que pretende hacernos olvidar que la tecnología es un medio y no un fin en sí mismo.

El escándalo de Cambridge Analytica, con la minería de datos para influir en el resultado del Brexit. El de Facebook, en la campaña presidencial de Trump en 2016, dándole apoyo técnico y permitiendo noticias falsas de sus rivales. Las injerencias de países extranjeros en distintos procesos electorales para desestabilizarlos a través de las redes sociales. Los cambios en el algoritmo de Facebook, que han incrementado la crispación, según el informe interno y secreto de la compañía revelado por *The Wall Street Journal*. Informe, que destacaba que, en España, durante las protestas separatistas en Cataluña de 2018, los mensajes de odio, los insultos y las amenazas crecieron un 43% entre la audiencia española de Facebook. Algoritmos que deciden despidos sin que nadie

conozca el funcionamiento. El empeoramiento de la salud mental que está provocando Instagram en sus usuarios más jóvenes, como indica un informe secreto de la compañía. Estos ejemplos son la punta del iceberg de la impunidad con la que actúan estas compañías y la constatación de un enorme control económico, social, político y cultural que se escapa a cualquier intervención democrática, y que, entre sus consecuencias, está incrementando la inestabilidad, minando la convivencia dentro de las sociedades y entre ellas, y llevándonos de facto a una sociedad vigilada, donde se ha normalizado que se espíe y rastree a los ciudadanos en todos los ámbitos que permite la tecnología.

En este contexto civilizatorio, ¿es posible la democracia en la era tecnológica o nos adentramos hacia una dictadura digital? ¿La brecha digital quitará a muchas personas su condición

de ciudadano? ¿Qué tipo de ciudadanía resulta de la nueva era de internet y las redes sociales? ¿En el siglo XXI lo digital es lo político? ¿Es posible frenar el odio, la intolerancia y las noticias falsas en la red? ¿Es posible recuperar nuestros datos y nuestra privacidad? Muchas son las incógnitas, aunque ya tenemos algunas certezas:

- Internet, la inteligencia artificial, el Internet de las cosas (IoT), las redes sociales y la automatización han transformado nuestras vidas y con ellas las relaciones de poder y las prácticas políticas, económicas, sociales y culturales.

## **Las democracias y sus ciudadanos están perdiendo la partida frente al poder sin precedentes de unas compañías tecnológicas que están decidiendo, por criterios de rentabilidad y de control, qué tecnologías desarrollar, en lugar de ser los ciudadanos y sus gobiernos quienes tomen las decisiones.**

- Las democracias y sus ciudadanos están perdiendo la partida frente al poder sin precedentes de unas compañías tecnológicas, que están decidiendo, por criterios de rentabilidad y de control, qué tecnologías desarrollar, en lugar de ser los ciudadanos y sus gobiernos quienes deciden qué tecnologías fomentar y con cuáles tener más cuidado. Se antepone el poder a las consecuencias negativas que esas nuevas tecnologías puedan tener para el ser humano y la sociedad.

- Las innovaciones tecnológicas se producen en un determinado contexto histórico y tienen sobre él consecuencias económicas, políticas, sociales y culturales. Las redes sociales favorecen la libre circulación de ideas. Pero también están provocando una gran polarización social, que va en aumento tanto en el mundo digital como en el real.

- Las redes sociales son utilizadas para incrementar la desconfianza de los

ciudadanos hacia sus representantes, de unos grupos étnicos hacia otros, de unas ideas hacia otras. Esto está ocasionando un aumento de las protestas, del odio y de los enfrentamientos, que son fomentados y aprovechados por distintos populismos para polarizar aún más las sociedades.

- La democracia se está debilitando como sistema político. En Europa, el 59,9% de la población está poco interesada por las cuestiones políticas, según los datos de la Encuesta Social Europea. El 75,8% no confían en los políticos. El 76,3% no confían en los partidos políticos.

- Las personas cada vez pasan más horas al día en internet. Según DataReportal, el usuario promedio está casi 7 horas al día usando internet en todos los dispositivos. Si una persona promedio duerme entre 7 y 8 horas al día, esto significa que el 42% del tiempo que esta despierto está conectado. De ese tiempo, en las redes sociales ocupa de media 2 horas y 25 minutos al día. Unas redes, cuyos usuarios han pasado de 2.310 millones en 2016 a más de 4.200 millones en 2021. Lo que equivale a más del 53% de la población mundial.

- El clima de crispación y la intolerancia creciente entre los partidos políticos está erosionando unas instituciones democráticas donde el diálogo entre los representantes de los ciudadanos es una obligación y el acuerdo una necesidad para mejorar la vida de los ciudadanos.

- Si se quiere que siga existiendo la democracia como ideal civilizatorio, es

urgente analizar los nuevos retos ante los que se enfrenta, adaptarla y mejorarla. Esto significa enlazar los beneficios de la nueva era digital y tecnológica con los principios y valores democráticos.

- Ni los gobiernos ni los ciudadanos están dedicando a esta crucial cuestión ni el tiempo ni las ganas necesarias. La democracia actual está atrapada en un sesgo temporal y espacial que la debilita. Temporal porque los gobiernos ante la volatilidad creciente se centran en lo más inmediato, en ganar las siguientes elecciones. Lo que relega la planificación a más largo plazo. Espacial porque la mayoría de los problemas y desafíos a los que se enfrenta el mundo hoy tienen una dimensión global. Por tanto, es necesario cambiar este comportamiento si pretende sobrevivir y ser realmente inclusiva.

La clave de lo que es y será esta nueva era digital está en las decisiones que se adopten y en quién las adopte. Pero hay que actuar ya, porque si no se hace nada el tiempo para la democracia se acaba. La nueva era digital es una oportunidad para mejorar el bienestar de la humanidad y profundizar en la democracia, avanzando hacia un modelo más participativo y eficaz en un mundo cada vez más volátil e inestable. Pero también puede dar lugar a la mayor tiranía que haya conocido la historia. A una dictadura digital, basada en un discurso populista tecnológico que, partiendo de resaltar las debilidades y contradicciones de las instituciones democráticas, por lentas, ineficientes y alejadas de los ciudadanos, primero polarizan la sociedad para posteriormente plantear prescindir de la mediación política, abandonar la representación y crear un dorado de mayor eficacia, a través de la participación directa y constante de los ciudadanos en los asuntos públicos con sus dispositivos y dando a un "like". Se elimina de esta ecuación la imprescindible



deliberación, que es sustituida por la opinión y por el control que, a través de los datos, pueden hacer las empresas tecnológicas sobre nuestras emociones. Lo que les va dando un control total del espacio público, y en definitiva de la sociedad, sin que lo sepamos o con una supuesta apariencia democrática en algunos casos.

Por este motivo, hay que posicionarse del lado de utilizar las redes sociales, la disponibilidad de acceso a los datos y a la información, y los progresos tecnológicos para avanzar en democracia y decidir colectivamente qué camino seguir y hasta donde. Los gobiernos tienen que regular y legislar, porque esperar que las redes sociales se autorregulen y que su utilización por sí sola implique una revitalización de la política y de la democracia, no es posible. O peor aún, forma parte de un falso determinismo tecnológico, donde se confunden los medios con los fines, y se olvida que lo básico es crear espacios de deliberación entre los ciudadanos y sus representantes, utilizando estas nuevas herramientas tecnológicas, pero sin abandonar el encuentro en los espacios públicos físicos. Es posible, y para lograrlo, hay que cambiar la agenda

política de los gobiernos para priorizar lo más importante: **en qué tipo de sociedad tecnológica queremos vivir.**

Para conseguirlo, es necesario un amplio debate público que no se está produciendo. Esta ausencia no es neutral y favorece a los intereses de esta nueva élite digital. La consecuencia, en un principio, es una ciudadanía adormecida. Un ciudadano espectador que cree ir por un camino libremente elegido por él, cuando lo que realmente está ocurriendo es lo que Pariser denomina "un filtro burbuja de internet", que cada vez le encamina hacia un sesgo de confirmación, donde solo aparecen en su dispositivo las noticias que le gustan y le interesan. Pero después, cuando la vida de amplias capas de la población se va precarizando, esa ciudadanía adormecida, pasa a ser un ciudadano zombi. No sabe que lo es, pero una vez inoculado con sus dosis diarias de crispación, odio, mentiras, conspiraciones y resentimiento, a través de las redes sociales, está dispuesto a romper la convivencia e incluso utilizar la violencia con todas sus consecuencias para imponer su verdad, frente a los que no tienen una misma visión del mundo que él.

Ante esta creciente realidad, con ejemplos como el asalto al Capitolio, hay que reafirmar que la democracia, necesita deliberación colectiva, no individuos aislados en universos paralelos que no se tocan, y que no cuestionan nada de lo que sucede, ni se ponen en el lugar del otro, o en lo que piensan otras personas. Por ese motivo, en el debate de en qué tipo de sociedad tecnológica queremos vivir, un pilar central de la deliberación y la decisión tiene que ir encaminado a consolidar y adaptar la validez de los valores democráticos a esta nueva era digital. Siendo conscientes que, por una parte, más información no se traduce necesariamente en mayor y mejor democracia. Más información puede perseguir la saturación y la manipulación al priorizar la inmediatez sobre la veracidad. Y por otra, que la democracia no solo implica intercambio de opiniones sino decisiones que surgen de los ciudadanos, pero también de la reflexión y la evaluación, que pueden ser perjudicadas por el exceso de información y la presión por tomar decisiones rápidas.

El momento es tan delicado que es preciso, en primer lugar, prestar más atención a la concentración de poder que se está produciendo en el mundo digital

y tecnológico y a las consecuencias que está trayendo para la convivencia y para la estabilidad democrática, económica y social. En segundo lugar, realizar el debate público sobre el camino que queremos seguir como sociedad en esta nueva era digital; y, en tercer lugar, tomar decisiones y actuar, porque mientras se produce el debate hay que ir recuperando espacios que se han apropiado las compañías tecnológicas, empezando por nuestra intimidad, nuestra privacidad y nuestros datos. No es cuestión de ser ni pesimistas ni optimistas ante la tecnología. Más bien, realistas para poder tomar las decisiones que consideremos adecuadas. Porque de quien decida que hacer y cómo hacerlo dependerá el futuro de la humanidad.

Internet, las redes sociales y los nuevos desarrollos tecnológicos, más rápidos y deslocalizados, pueden cambiar de forma significativa el funcionamiento de la democracia, más lenta y localizada, dando lugar a un novedoso avance democrático donde el mundo físico y virtual estén al servicio del bienestar de todas las personas. La utilización con valores democráticos de la red y las nuevas tecnologías puede posibilitar una mayor participación ciudadana, más transparencia y un mayor control ciudadano y rendición de cuentas de todos los poderes, no solo el político. Aunque hasta ahora estas redes han provocado más ilusión democratizadora que resultados. En todo caso, hay que poner freno al poder de las empresas tecnológicas y a la falsa libertad que proclaman, con el fin de apropiarse de la privacidad de los ciudadanos, para hacer uso y abuso de sus datos, sin ningún tipo de responsabilidad, o si son descubiertos con responsabilidades económicas tan ridículas que les sale beneficioso seguir haciéndolo.

En el necesario avance democrático, los Estados deben jugar un papel determinante. Por una parte, aprovechando las mejoras tecnológicas y las redes sociales

para redefinir la forma de funcionar de las administraciones y las instituciones, para gobernar mejor el interés general y agilizar la función pública, con menos burocracia y una relación directa y empática con los ciudadanos. Y, por otra parte, con una mayor cooperación internacional entre los Estados. Para, entre otras cosas, regular el uso de nuestros datos y poner coto a las ventajas en todos los órdenes sociales, políticos, económicos y culturales, que están obteniendo las compañías con ellos.

Si se decide que la nueva era digital requiere de una nueva fase de avance democrático, esta tiene que partir de:

1.- La superación del modelo de capitalismo financiero globalizado y del incipiente capitalismo de vigilancia, de las compañías tecnológicas, como nuevo orden económico que se apropia de tu privacidad, a través del uso y abuso de tus datos, como materia prima gratuita. Un capitalismo de vigilancia que conoce todo de las personas, pero que está diseñado para que sus actividades no sean conocidas por la población y las instituciones.

2.- La preeminencia de la política sobre la economía, avanzando, desde el punto de vista práctico, en medidas concretas que posibiliten nuevos desarrollos democráticos que conduzcan a mayores niveles de igualdad, sobre la base de un mayor papel del Estado y una mayor participación de los ciudadanos, en todos los ámbitos.

3.- Avance, enlazando con Marshall, a una nueva fase de expansión de la ciudadanía, que haga efectiva una ciudadanía económica, que tenga como pilar central la dignidad de las personas. Globalizar la política para democratizar la economía.

4.- Superar el divorcio entre representantes y representados, haciendo coincidir los deseos mayoritarios de los ciudadanos con la agenda política de los gobiernos.

5.- En definitiva, establecer el modelo de sociedad digital, el nuevo contrato social, que tiene que conjugar las estructuras locales, nacionales y regionales con una estructura global que dé lugar a una futura estructura de gobierno global y a una democracia en todos los ámbitos.

La redefinición de la democracia tiene que traer más igualdad y superar los riesgos crecientes de exclusión social. Más aun, en una sociedad digital que genera nuevas asimetrías de acceso a la información, que favorece y amplía los desequilibrios de poder ya existentes, a la vez que rompe todavía más la igualdad política de los ciudadanos entre aquellos políticamente más activos e inactivos. De no ser así, continuará degradándose el estatus de ciudadanía, lo que equivale a un cambio de sistema político donde de la democracia solo queda el nombre. Por eso hay que preparar a los ciudadanos en el manejo de entornos tan cambiantes y llenos de incertidumbres. Lo que lleva a repensar el funcionamiento del sistema educativo para formar ciudadanos libres, críticos y comprometidos, y a construir un espacio público deliberativo, donde hacer efectiva la participación y la mejora de las decisiones públicas. Unas decisiones, donde los dispositivos serán un medio para la deliberación y no un fin en sí mismo.

Si se pretende conseguir iguales derechos para todas las personas, hay que repensar por completo la regulación de los derechos y los deberes en la era digital. De ahí la importancia de establecer nuevos códigos de conductas, nuevas regulaciones para unas tecnologías desconocidas hasta ahora. Responder a los nuevos interrogantes desde los valores de la Declaración de los Derechos Humanos, será una garantía ante tanta rapidez en los cambios y tanto terreno desconocido por descubrir. Es posible un nuevo comienzo. **TEMAS**